y batido el 7 de Agosto en el Mineral de Zacualpan, una fuerza de 200 hombres al mando de los facciosos Butrón y Trujillo, haciéndole siete muertos y bastantes heridos; y la madrugada del 11 del mismo mes, una parte de los artilleros de la guarnición de la Fortaleza de Perote se amotinó, volviendo sus armas contra sus jefes. Sofocada á tiempo la sublevación, los autores de ella fueron fusilados en el acto.

El Coronel Baltazar Téllez Girón, con una fuerza de 400 hombres de su mando, atacó y derrotó en la Villa de Cadereita, el 12 de Agosto, á la gavilla de Marroquín que la ocupaba con 200 hombres, haciéndole 17 muertos, 5 heridos y 26 prisioneros de la clase de tropa, habiendo fusilado á cuatro oficiales que cayeron en su poder.

En el Estado de Jalisco tuvo verificativo un hecho escandaloso: el Coronel D. Antonio Rojas se sublevó contra el orden legal, dando por pretexto que el nombramiento del General D. José López Uraga, encargado por el Ejecutivo de la Unión para organizar la División del Interior, no había sido de su agrado, por haber recaído en un militar que no le inspiraba ni simpatía, ni confianza.

El Gobernador Ogazón expidió por tal motivo un enérgico manifiesto condenando el acto de insubordinación, y haciendo presente su resolución y energía para contrariarlo, por venir en contra de un Gobierno legítimo, que representaba la voluntad popular.

El 22 de Agosto, el ex-coronel Agapito Gómez trató de pronunciarse en la Villa de Tepeaca en favor de la Intervención, desertándose de las Cumbres de Acultzingo, donde estaba de avanzada al mando del 4º Escuadrón de Zacatecas; conocido el engaño y evitada la asonada, por la cooperación eficaz del capitán Pilar Villarreal, que obtuvo por ese señalado servicio el ascenso inmediato y el mando del referido Cuerpo, fué pasado por las armas en el pueblo de Acatzingo uno de los principales cabecillas que fué capturado, el capitan Antonio Alvarez.

CAPITULO XXII.

Avance del ejército francés hacia el Interior de la República.—Disposición que dicta el General en Jefe del ejército de Oriente.—Reflexiones.—Juicio crítico de la Francia, por el ilustre publicista D. Luis de la Rosa.—Carta del distinguido escritor Payno, dirigida al General Forey.—Importancia de ese documento.—El Ejecutivo federal decreta una contribución de 1 por ciento sobre todo capital mueble ó inmueble, y ordena la expulsión de la República de varios extranjeros juzgados como perniciosos.—Notas cambiadas con los miembros del Cuerpo diplomático extranjero, acerca de este ruidoso asunto.—Dignidad y entereza del Ministro Fuente.—Reanudación de relaciones con Guatemala.—Las fiestas de la patria.—Son celebradas con inusitado entusiasmo.—Instalación del Congreso federal.—Notable discurso del Presidente Juárez en la ceremonia de apertura.—Obtiene facultades extraordinarias, y la vuelta de los Sres. Fuente y Núñez al desempeño de sus respectivas secretarías.—Los Generales Llave y Arteaga reocupan el puesto de Gobernadores, el primero del Estado de Veracruz y el segundo de Querétaro.—El pueblo de Chocaman incendiado por los traidores.—Derrota del faccioso Galván.—Sumisión de Butrón.—Mejía depone las armas y se interna á la Sierra.—Cesa el estado de sitio en San Luis Potosí.

Habiéndose movido de Orizaba el enemigo con dirección al Interior del país, el General en Jefe del ejército de Oriente dirigió el 30 de Septiembre una nota al Cuartel maestre de dicho ejército, previniéndole que para lo sucesivo y en vista de esas circunstancias, previniera á los Generales en Jefe de las Divisiones y brigadas del mismo, se abstuvieran de apoyar ó dar curso á las solicitudes que se les dirigieran para permitir á sus respectivos subordinados, el pase á las ciudades de Puebla ó México ó algún otro punto del país, al arreglo de negocios particulares, fuera cual fuera el carácter de éstos, pues que antes que todo estaba la patria, y la obligación sagrada de acudir á su defensa.

La llegada de Forey al territorio de la República con la doble investidura de Jefe de la expedición y Ministro plenipotenciario, en nada cambió la faz de los acontecimientos ni la actitud agresiva de la política francesa, que en esta vez se presentaba más desembozada y pirática, que cuando tenía que obrar de acuerdo con las otras dos potencias signatarias de la Convención de Londres.

Forey, al pisar nuestras playas se atrevió á lanzar una proclama insolente, en nombre de su amo, que dejaba traslucir por medio de ese documento las malévolas intenciones de que se hallaba animado.

¿Con qué derecho, se preguntaba la Nación, en nombre de quién, por qué autoridad un soldado extranjero, arrogándose títulos para México demasiado nulos y sin ningún valor, se atreve á hablar á un pueblo que se levanta en armas para combatirlo?

Y los hombres que acababan de violar su palabra, y que se posesionaban pérfida y traidoramente de algunas ciudades del país, lanzaban contra el Gobierno digno, magnánimo y legítimo del país, en un lenguaje inconveniente, acusaciones en contra de ese Poder, que podía presentárseles como modelo de civismo y cultura, de humanidad y civilización.

Además, esa proclama, manifiesto ó como quiera llamársele, ponía al descubierto, de manera inconcusa, que México estaba amenazado de muerte en su libertad y autonomía, por medio de una prolongada ocupación militar, ó una humillante Intervención, contra las que tenía que luchar, rechazando la fuerza con la fuerza, sin contar el número de sus enemigos y sin otra mira que la de salvar su honor y dignidad, probando con ello que si la Francia obtenía un triunfo, éste no le daría ningún derecho ni importaría esa victoria más que el abuso de la fuerza, ó sea la hazaña que acomete un bandolero para desbalijar á un transeunte en una encrucijada.....

Y esa actitud del César francés no podía ser más punible, pues como era de notoriedad pública, éste trabajó por sacar avante en el Congreso de Paris el principio de no intervención que hoy desconocía y pisoteaba á la faz del mundo civilizado, y muy particularmente de los gobiernos que sostuvieron el mismo principio, y que á la vez contemplaban impávidos y guardando un silencio sepulcral, sin tener en cuenta "que en la familia de las naciones, el atentado contra un pueblo es una amenaza contra todos los demás."

Tal era la verdad de los hechos, y sobre ellos no había ni vacilación ni duda: la llegada de Forey, la desgracia de Saligny depuesto del mando que ejercía, y el apartamiento de Almonte como de algo inmundo que mancha y envenena, en nada podían cambiar la política tortuosa é invasora del Emperador de los franceses respecto de México, cuyo Gobierno y pueblo que así lo habían entendido, se aprestaban al combate con la calma y sangre fría que inspira la conciencia del derecho y de la justicia, y con la convicción íntima de que el único modo de ilustrar y convencer á quien se hace sordo á los dictados de la razón, es el de perseverar en la lucha sin desmayar ni en un ápice, por grandes y crueles que sean las penas por las que haya que pasar.

Y para ello, México ofrecía el espectáculo grandioso de que no obstante que el invasor llevaba ya nueve meses de estar en el país, ningún pueblo de la República, podía decirse, se había pronunciado en contra del Gobierno legítimo de la Nación; ésta tenía además, como un timbre de orgullo que le infundía aliento y esperanza, la reciente victoria obtenida el *5 de Mayo*, con la que podía probar á sus gratuitos enemigos el espíritu de independencia de que se hallaba animado, y lo erróneo de la creencia en que estaban los invasores, de que se les recibiría entre aplausos y vítores en su *marcha triunfal* hacia la Capital.....

Forey había dicho en la proclama á que hemos aludido, "que donde quiera que ondeaba la bandera francesa, en América lo mismo que en Europa, representaba la causa de los pueblos y de la civilización;"[1] asertos falsos y hasta ridículos, que el tiempo y las circunstancias estaban desmintiendo; y por lo que hace á México, y á su decisión inquebrantable de conservar su independencia y soberanía, á las pruebas que tenemos aducidas en apoyo de nuestro aserto, podía agregarse el hecho significativo de las protestas, ó sea la

1 Un diario metropolitano comentaba así los anteriores conceptos:

"Así lo creyó el Mundo por algún tiempo, pero hoy está ya desengañado; esa bandera ondea en el Vaticano para perpetuar en el planeta el anacronismo del poder temporal del papado; esa bandera ondeó en Villafranca y retrocedió dejando oprimida á Venecia, esa bandera ondea sobre las chusmas reaccionarias de algunos malos mexicanos; ampara á Almonte, á Márquez, á Gálvez, y representa en México el derecho de Intervención y de conquista, la causa de los usurpadores, del retroceso y de la barbarie en pleno siglo XIX."

espontaneidad con que en todas las poblaciones de la República las autoridades y los ciudadanos firmaban protestas en contra de la intervención extranjera. Esos documentos no sólo revelaban adhesión á la independencia, sino á la forma de Gobierno republicano, al sistema constitucional, al mantenimiento del orden establecido y á la legalidad del Presidente Juárez.

"Y la Francia, había dicho anteriormente el ilustre publicista D. Luis de la Rosa, la Francia que tanto nos insulta, echándonos en cara nuestras desgracias, olvida que ella ha sido á su vez, primero un pueblo salvaje y asaz atroz y bárbaro; después, una Colonia romana conquistada por César y dominada con dureza; de allí un pueblo de feudatarios ó esclavos, regido con atrocidad por una raza de bárbaros que se llamaban nobles; posteriormente, una monarquía cuyo trono se disputó muchas veces con guerras prolongadas y sangrientas; la Francia olvida, en fin, que el mejor de sus reyes fué asesinado; que otro rey dotado de bondad y otras virtudes, fué guillotinado porque huía de sus perseguidores; que sus verdugos sacrificaban con una fría crueldad *millones* de víctimas, las más inocentes, y entre ellas hombres justos como Malesherbes, y sabios eminentes como Lavoissier y otros; que un Cónsul que se decía el padre de la República se hizo rey; que ofuscó el esplendor de sus victorias con la ambición de sus conquistas; que con perfidia invadió á España; que deshonró su nombre con un divorcio en que ultrajó á la naturaleza, á la civilización y á las costumbres; que sus ejércitos, de libertadores se convirtieron en opresores de los pueblos; que robaron sus riquezas; pillaron los monumentos de sus artes; violaron en muchos puntos la pureza de sus vírgenes y profanaron la santidad del matrimonio: que cansada la Europa de estos escándalos, la *gran Nación* fué conquistada, despojada afrentosamente de sus depredaciones, sometida á los Borbones, y en fin, que cuando pudo haber conquistado su libertad no había hecho más que remachar sus grillos y estrechar más sus cadenas..... .....

"Tal es en compendio, concluía, la historia de la Francia, ¿de qué crimen puede acusarnos que no se encuentre en ella?"

En virtud de lo que antecede, la gran cuestión que debía absorber la atención de los mexicanos, era la defensa de la nacionalidad atacada bruscamente por un enemigo aleve, en vergonzosa liga con los más execrables traidores.

Ante ese peligro debían enmudecer todas las cuestiones políticas, todas las exigencias y aspiraciones de los partidos, pues que, en presencia de la situación, ¿qué valían el progreso y el adelantamiento de México cuando éste se hallaba al borde de un abismo adonde lo empujaba la política pérfida y solapada de Napoleón III?

México se hallaba en la situación más tormentosa de su historia: habiendo conquistado, merced á sacrificios sin cuento, su independencia y su libertad, se encontraba en las mismas condiciones que trescientos años antes cuando se vió invadido su territorio por un puñado de aventureros, que atropellando el derecho y la justicia asentaron su dominación, cuyas funestas consecuencias se estaban aún palpando y recogiendo.

En esos tiempos aciagos, hubo también traidores que ayudaron al invasor en su infernal empresa; pero entonces, México peleaba sólo en defensa de su derecho, y hoy, en la época á que estamos haciendo referencia, lo hacía á la vanguardia de un Continente, en representación de la libertad de la América, de la democracia universal; y si como decía un ilustrado escritor, "la bandera española pudo pasearse largos años sin rival por las vastas regiones del Nuevo Mundo, y si México, como una joya ensangrentada, pudo arrojar sus pálidos reflejos en la Corona de los monarcas de Castilla," hoy los tiempos habían cambiado, y al fin, la bandera francesa tuvo que retroceder avergonzada, salpicada de fango, dejando burladas las insensatas pretensiones y los planes criminales de dominación y exterminio que abrigaba el usurpador francés.....

En la época que estamos historiando, era cuando menos podía aceptar México el yugo extranjero. El Emperador de los franceses bien podía lisonjearse con la idea de que nos encontrábamos débiles y aislados, y que por lo tanto sería empresa fácil el establecer aquí su odiosa dominación; pero nosotros profesamos la convicción profunda de que el valor de las naciones no se mide por los medios físicos de que disponen, sino por la resolucióu de defenderse hasta el último extremo; resolución que debe considerarse y que sólo puede darla el convencimiento profundo de lo que se defiende, y la fe en los caudillos que representan la más santa de las causas, la de la patria y *la de la libertad:* en esta situación se hallaba felizmente la República.